



OASIS

ISSN: 1657-7558

cipe.adm@uexternado.edu.co

Universidad Externado de Colombia

Colombia

Roy, Joaquín

La percepción de los Estados Unidos sobre el proceso de integración europeo

OASIS, núm. 12, 2007, pp. 385-408

Universidad Externado de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53101220>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La percepción de los Estados Unidos sobre el proceso de integración europeo

Joaquín Roy

Licenciado en derecho de la Universidad de Barcelona. Profesor de integración europea en el School of International Studies, director y fundador de European Union Research Institute y del Senior Research Associate of North-South Center de la Universidad de Miami

*correo electrónico
jroy@miami.edu*

DESPUÉS DEL DESASTRE DEL REFERÉNDUM FRANCÉS Y HOLANDÉS

El descorche del champán y el adelanto de las celebraciones del 4 de julio comenzaron tempranamente en la Casa Blanca con la celebración del voto del “no” sobre la Constitución europea propinado por los electorados francés y holandés. Aunque luego se solventó, el ambiente de depresión en Bruselas se acrecentó con el fracaso para lograr un acuerdo para el presupuesto del período de 2007-2013. Desde la primera elección de Bush, y so-

bre todo desde la Guerra de Irak, ciertos sectores de poder en Washington han dado la bienvenida a cualquier factor que pueda contribuir al debilitamiento de la integración europea, y de especial manera al desarrollo de una política europea exterior autónoma y de defensa, más allá de los confines tradicionales de la OTAN.

Tras la tragedia de los ataques terroristas del 11 de setiembre de 2001, una vez la luna de miel de simpatía y apoyo se desvaneció, Bush perdió la paciencia con el eje franco-alemán. El secretario de defensa Donald Rumsfeld lo abofeteó con la etiqueta de la “Vieja Europa”. Todas las reglas

parecían válidas para debilitar la coalición europea que se resistía a las demandas de Washington, con el resultado de un evidente divorcio (Fuentes, 2003; Lambert, 2003). Esta estrategia incluía el uso de los nuevos miembros de la UE como caballos de Troya, la presión para insertar a Turquía rápidamente en la UE, y poner el freno al desarrollo de una política independiente de defensa con el argumento de que debilitaría la efectividad de la OTAN.

Este sentimiento se inserta en la más amplia convicción de que las circunstancias generadas por el 11 de septiembre requerían una novedosa respuesta del liderazgo de los Estados Unidos, como poder incontestado, insustituible. Esta tesis ha generado no solamente un intenso debate en el resto del mundo sino también en el seno de la propia comunidad política y académica norteamericana (Ikenberry, 2002; Hoffman, 2004; Levy, 2005; Hirsh, 2002; Albright, 2003; Barbé, 2005).

Después de la reelección de Bush, sin embargo, los problemas en Irak y el hundimiento de la imagen de los Estados Unidos en la opinión mundial convencieron al presidente estadounidense de la conveniencia de reparar las relaciones con Europa y convertirlas en una prioridad de su segundo mandato. En parte para hacer las paces con Europa, eligió una estrategia diplomática delegada en la nueva secretaria de Estado Condoleezza Rice, quien actuaría de forma más prudente, en parte para preparar su imagen en caso de una ambición electoral futura. Sin embargo,

el sentimiento latente de desconfianza y temor hacia Europa estaba esperando una oportunidad para resurgir en la superficie. La liberación aparentemente llegó con el doble mazazo ejecutado por los electorados francés y holandés. La sonrisa en la Casa Blanca era evidente. Los europeos (llamados “euros” en algunas oficinas del Departamento de Estado y la Casa Blanca), según algunos analistas conservadores, no saben hacia dónde van. Los Estados Unidos de nuevo procederían a la estrategia del “divide y vencerás”.

Esta satisfacción temporal, sin embargo, se temía como provisional cuando se advertía que las fuentes del “no” eran diversas y se sopesaban las complicadas consecuencias de una eventual desintegración de la UE. Creer que una Europa varada o a la deriva en un mar de confusiones sería más amistosa a los intereses de los Estados Unidos es un cálculo ilusorio desde un ángulo político y estratégico. Además, esa lógica debe ser valorada como dañina para la propia seguridad nacional de los Estados Unidos. Lo último que necesita Bush, y cualquier presidente de los Estados Unidos, es una Europa debilitada e introvertida (Eizenstat, 2005; Drodziak, 2005a).

En primer lugar, el voto negativo podía dar la impresión de que era un rechazo de una Unión Europea reguladora que intenta controlar el mercado, y apoya excesivamente el Estado de bienestar, y es efectivamente un enemigo de la inversión extranjera. Por el contrario, una notable parte del electorado del “no” (predomi-

nantemente en la izquierda, pero también en la derecha populista) cree que el diseño propuesto por la Constitución está demasiado escorado hacia los intereses empresariales. En ese contexto, la UE recibe la presión para que se decante a respaldar las necesidades de los individuos.

Por otro lado, un importante sector de la derecha también rechazó el proyecto por razones nacionalistas, haciendo buena compañía a la izquierda. Este colectivo teme a la inmigración y se opone visceralmente a la ampliación, especialmente si esto significa la incorporación de Turquía.

A la postre, ese núcleo capturará una vez más el sentimiento antinorteamericano soterrado en Europa, mucho más dañino (por lo influyente de sus filas socioeconómicas) de una ultraderecha racista y ultranacionalista, que extiende hacia los propios Estados Unidos la causa de la pretendida falta de identidad. Este sentimiento se uniría a la creciente e histórica imagen negativa de los Estados Unidos en el mundo (Walt, 2005; Mahyubani, 2005; Roger, 2005; Revel, 2002).

En todo caso, cualquiera que sea el volumen numérico de la izquierda o la derecha opuestas a la constitución, lo cierto es que tienen todas las cartas en la mano para convertirse en los bandos más vociferantes, manipulando los resortes convenientes del populismo, las manifestaciones públicas, y las presiones sociales para no sólo frenar la inmigración, sino también ser más intransigentes, si cabe, para garantizar la supervivencia de la ri-

gidez de los mercados.

En todo este panorama, los sectores moderados, esa gran coalición que ha hecho posible la Unión Europea hasta ahora, compuesta por el grueso de electores de partidos socialdemócratas y conservadores en el continente, se sentirán intimidados y optarán, lógicamente, por decantarse por los intereses nacionales y, por lo tanto, no necesariamente coincidentes con los de los Estados Unidos. Desde los subsidios a Airbus, pasando por el apoyo a Estados Unidos en Irak, incluyendo batallas ideológicas como el Tribunal Internacional de Justicia, la protección de la herencia cultural en los medios de comunicación, todo puede convertirse en un arma arrojadiza en tiempos de confusión. En nada, por lo tanto, beneficiará a los Estados Unidos.

Aunque todavía es pronto para las predicciones, lo cierto es que la presión para efectuar una fuga hacia adelante y poner en marcha una serie de cooperaciones reforzadas (en política exterior y de defensa, sobre todo, en la línea del euro y Schengen) será notable, ya que responderá a la presión nacionalista emanada de gran parte del electorado que ha votado negativamente. No es exactamente lo que esperaba la Casa Blanca, a la que convenía más un lento y consensuado proceso, instalado en el texto constitucional que también tomaría su tiempo para ejecutarse plenamente.

Para parafrasear a Calvin Coolidge, los que creen que “lo que es malo para Europa es bueno para América”, se pueden llevar un susto mayúsculo. A la postre, comprobarán

que, con el voto francés y holandés, Bush también perdió un referéndum.

¿UNA NUEVA ESTRATEGIA?

Los observadores y diplomáticos optimistas situados a ambas orillas del Atlántico expresaron en su momento su satisfacción por los resultados conseguidos por el debut de la nueva secretaria de Estado Condoleezza Rice durante su intensamente coreografiado periplo de diez escalas por el Oriente Medio y Europa, al principio de febrero de 2005. Este programa se ejecutó simplemente en preparación de una visita más importante llevada a cabo por el Presidente Bush (justamente después de su segunda toma de posesión) a las simbólicas ciudades de Bruselas, Maguncia y Bratislava. Justamente al principio de la presidencia británica de la UE en el segundo semestre de 2005, Bush habría viajado a Europa cuatro veces desde su reelección. Mientras en términos de estadísticas matemáticas éste es un récord verdaderamente notable, en cuanto a sustancia la mejora fue dramática.

En contraste con la previa pauta presidencial de abstenerse de hacer cualquier referencia a la Unión Europea desde el 11 de septiembre de 2001, con la única excepción de una aislada mención en el discurso de la segunda toma de posesión, Rice aludió a la UE tres veces en una conferencia dada en París. Fue el preludio adecuado para su respaldo de una Europa más unida en su visita a Bruselas, donde

se reunió con el “quién es quién” de la UE. Nótese que el nuevo secretario de comercio, Carlos Gutiérrez, también hizo su primer viaje internacional a Bruselas. Como consecuencia, surgieron altas expectativas para el histórico viaje de Bush a Europa, y el primero de todos los presidentes de los Estados Unidos a las instituciones de la Unión Europa, un detalle que conviene resaltar, para sopesar la prioridad dada esta vez por Washington a la integración europea. Sin embargo, el contexto de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa estaba ligeramente nublado y requería notables mejoras (Dowd, 2005; Hollinger, 2005; Sciolino, 2005; Strobel, 2005; Weisman, 2005a; Wright, 2005, *Financial Times*, 2005 a, b).

No obstante, los resultados inmediatos del viaje se tradujeron en altas expectativas de una fusión de mentalidades. Por una parte, las oberturas ejecutadas por Bush y sus llamadas a la cooperación en áreas sensibles que en el pasado produjeron el divorcio entre los Estados Unidos y Europa fueron contestadas de forma educada por los líderes europeos que estaban extremadamente dispuestos a disminuir las tensiones. Por otra parte, una más cerrada cooperación basada en una actitud de respeto mutuo enriquecería las oportunidades para construir una política exterior y de seguridad europea con más ambición y eficacia. El resultado de este optimista escenario es que beneficiaría a ambas partes (Bosworth, 2005; Bumiller, 2005; Dempsey, 2005; Dombey, 2005; Freed-

man, 2005; Froomkin, 2005; Harding, 2005; Hunt, 2005; Hutcheson, 2005; Munchau, 2005; Peel, 2005; Stephens, 2005a; Rumsfeld, 2005). Esta atmósfera optimista fue luego confirmada por la llamada a la cooperación internacional con el fin de contribuir a la consolidación del nuevo régimen iraquí, en un esfuerzo para considerar el enfrentamiento entre buena parte de Europa y los Estados Unidos en un simple capítulo histórico.

Sin embargo, conviene constatar que una vez la novedad de las cumbres desaparece, la realidad se instala con usual tenacidad. Generalmente, se resalta el contexto de una bien anclada actitud por parte de una dirigencia de los Estados Unidos en los medios de comunicación y políticos que se oponen a los mecanismos encarados a construir una política europea autónoma en defensa y seguridad. Este sentimiento sale a superficie con fuerza en los momentos en que la UE experimenta dificultades, como es el caso notorio del proceso de ratificación de la Constitución.

Significativamente, esta percepción crítica de una más potente UE no es monopolio del entorno del presidente Bush. Tampoco debe ser identificada con los desarrollos políticos derivados del 11 de septiembre. De hecho, la aprehensión y la oposición de los Estados Unidos a un perfil exterior de la UE más ambicioso se ha estado forjando por décadas y solamente se ha revelado como prominente y reforzado gracias al drástico rumbo de los acontecimientos del último lustro.

PAUTAS Y EVIDENCIAS

El resultado del análisis de las pruebas revela una actitud de ciertos específicos sectores estadounidenses muy negativa hacia una política activa, asertiva y consciente, y más integrada, de la Unión Europea. En consecuencia, este sentimiento refleja una señal de bienvenida poco disimulada cuando la consolidación jurídica de una política cohesionada eventualmente encara dificultades. Las muestras de tal actitud dibujan una posición del *establishment* político y económico que controla los mecanismos más sensibles de las instituciones de los Estados Unidos (Congreso, la Casa Blanca, los departamentos de Defensa y Estado) que considera que el movimiento hacia una política exterior de la UE más profunda y supranacional, y explícitamente “constitucionalizada”, como errónea, inestable, costosa, e incluso amenazadora para los intereses estadounidenses. Estos centros de poder también juzgan que ese proyecto se estaría ejecutando no solamente en competencia de los Estados Unidos, sino también directamente con hostilidad desleal (Cimbalo, 2004; Savodnik, 2005). Aunque estas afirmaciones pueden ser consideradas como subjetivas y dictadas por la elección de un ángulo especial, resulta obvio que son compartidas no solamente por un amplio abanico de la comunidad académica, sino también de la mediática.

Lo cierto es con un mínimo de perspectiva histórica, se palpa una evidencia

obvia de *déjà vu*. Un sector influyente del liderazgo estadounidense, confirmado tras la reelección de George W. Bush en noviembre de 2004, ha experimentado recientemente la misma impresión que al principio del proceso de profundización de la UE que desembocó en el Tratado de Maastricht Treaty y en la adopción del euro como la moneda común de doce países. Este síntoma se convirtió en obvio durante los viajes del propio Bush y su secretaria de Estado Rice en febrero de 2005.

Al principio de los 90, Washington no se tomó muy en serio estos movimientos integracionistas. Se creía entonces que ambos fenómenos (la transformación de la Comunidad Europea en Unión Europea y la adopción del euro) no funcionarían y lo máximo que el *establishment* de los Estados Unidos estaba dispuesto a aceptar era que los nuevos experimentos europeos serían tan lentos y dolorosos como la evolución del Mercado Común del final de los 50 hasta mediados de los 80. Los europeos serían incapaces de organizarse efectivamente.

Una vez la realidad de la cohesión de los todavía imperfectos tres pilares (una invención británica, destinada a desaparecer oficialmente con la Constitución) y la eficacia del euro se hicieron evidentes, este sector de los Estados Unidos pasó a cambiar de marcha urgentemente para ponerse al nivel de los acontecimientos. Los analistas y observadores que advirtieron mucho antes en los 90 acerca de la seriedad del proceso europeo fueron

reivindicados. “Ya te lo dije”, fue la expresión que se empleó, a pesar de que pocas fueron las voces que se atrevieron a violar el protocolo diplomático.

El 11 de septiembre tomó por sorpresa a Washington en muchas dimensiones, particularmente en los terrenos militar y de inteligencia. Sin embargo, no sorprendió ni a la Casa Blanca ni al Pentágono en sus respectivas perspectivas ideológicas. A pesar de lo que se podía esperar, el nuevo diseño de la política, tal como se expresó en sucesivas declaraciones del presidente Bush y sus asesores, estaba sólidamente cimentado en la doctrina norteamericana, fundamentalmente cohesionada, que puede ser rastreada no sólo al Memorando de Kennan de 1947, sino también a la Doctrina de Monroe de 1823, la perspectiva fundacional de la estrategia global (Mead, 2002). Por una combinación de factores y creencias, tras el surgimiento del proceso europeo y su profundización, simultáneamente con su imparable ampliación geográfica, la UE comenzó a ser la fuente de incomodidad, y luego se convirtió en foco de preocupación y animosidad, para finalmente generar miedo.

El euro cesó de ser el objeto de malintencionadas columnas y análisis de centros de reflexión, y se convirtió en una fuente potencial para el resurgimiento de enfrentamientos europeos, e incluso, nada más y nada menos, guerras. Luego se transfiguró en un enemigo monetario bien identificado, etiquetado como la causa de la caída del valor del dólar. El hecho

de que la tasa de cambio no ha reflejado la fortaleza de la economía europea y una pretendida debilidad del comportamiento económico de los Estados Unidos no ha producido el cese de las acusaciones de columnistas y observadores esporádicos contra Europa.

Paradójicamente, la presión de los Estados Unidos durante las últimas décadas para compartir o subvencionar (*burdensharing*) los gastos de defensa se ha trocado en un grito de protesta ante lo que se interpreta como un diseño teórico serio de una política exterior común y de seguridad. Consecuentemente, los europeos se muestran perplejos, ya que durante años han intentado responder a la exigencia de Kissinger para dotarse de un teléfono (una política exterior común coordinada). La nueva UE primero respondió con la creación de la posición del Alto Representante de la Política Exterior y de Seguridad Común, puesto encomendado a Javier Solana, quien fue reclutado desde su cargo de Secretario General de la OTAN. Posteriormente, la UE se mostró dispuesta a poner en marcha una política exterior más ambiciosa, más allá de una línea telefónica. Esta ambición fue procesada a través del proyecto constitucional. Washington no estaba feliz entonces y con el fracaso del referéndum mostró signos de alivio.

Mediante el rastreo de la perspectiva histórica, se revela el contraste entre la actitud de hoy y la satisfacción de los Estados Unidos al estar presente en la creación de la Comunidad Europea. Aunque también

hay que recordar que inicialmente algunos círculos de Washington expresaron preocupación por la posible formación de un cartel europeo dominando diversas materias estratégicas (carbón y acero, por ejemplo). El aliento de los líderes de los Estados Unidos en los 50 y los 60 (como Eisenhower y Kennedy) para el proceso de integración europea, como mecanismo complementario de la OTAN, se ha transformado hoy una política errática, contradictoria y agresiva que incluso ha sido etiquetada oficialmente como “desagregación” (una especie de maquillaje de “desintegración”).

La oportunidad histórica de terminar con la división artificial de Europa causada por la fragmentación del final de la Segunda Guerra Mundial, mediante la ejecución de un acto de justicia política con la ambiciosa y costosa ampliación de la UE, fue trastocado drásticamente por Washington. Ha sido usado y manipulado por el liderazgo actual de los Estados Unidos, de forma más significativa desde el 11 de septiembre, y muy especialmente desde la polarización de las actitudes europeas acerca de la aventura de Irak. La “Nueva Europa” inventada por Donald Rumsfeld se ha convertido en una especie de movimiento disidente opuesto a Bruselas, siguiendo las pautas dictadas desde la Casa Blanca.

El tema extremadamente delicado de la futura membresía de Turquía se convirtió, de forma errática y poco diplomática, en un arma arrojadiza de presión por

parte de los departamentos de Defensa y Estado, en el peor de los momentos. No sólo se insertó en los debates de la guerra de Irak, sino también en el último ciclo de las evaluaciones de las credenciales de ingreso. La inadecuada agenda temporal y la falta de diplomacia recibieron la respuesta contundente en Bruselas y en capitales clave de Europa. Los comentarios desagradables incluyeron referencias comparativas (con cierto sarcasmo) a la potencial membresía de Cuba en NAFTA. Las respuestas más suaves simplemente recordaban que Estados Unidos no era miembro de la Unión Europea y, por lo tanto, no tenía derecho a opinar.

Significativamente, la insistencia en recomendar el ingreso de Turquía en la UE reapareció al final de 2004 cuando Ucrania se sumió en convulsiones causadas por las fraudulentas elecciones presidenciales. Desde su estatus de oscuridad, condenada a una larga existencia entre Rusia y la Unión Europea, la membresía de Ucrania en la UE fue recomendada de forma enérgica por los Estados Unidos. Los comentarios esta vez en Bruselas y otras capitales europeas fueron más comedidos, entre otras razones porque el espíritu de la intromisión norteamericana en cierta manera era una prueba del reconocimiento de la utilidad de las ventajas de pertenecer a la UE en materias de seguridad y economía.

En los meses anteriores, la escandalosa carencia de cualquier referencia a la UE en ninguna declaración o discurso fundamental de Bush desde el 11 de septiembre

fue solamente la confirmación de la desconfianza básica en los esquemas multilaterales de integración o cooperación, pero en especial los tratados y organizaciones de los que Estados Unidos no es miembro. Esto no quiere decir, sin embargo, que el presidente Bush demostrara estar más cómodo en contextos como las Naciones Unidas o la Organización Mundial del Comercio. Esta ambivalencia ya fue ampliamente demostrada por su temprano desdén por la OTAN cuando soslayó su apoyo incondicional el 13 de septiembre de 2001 mediante la histórica activación del art. 5, a pesar de que la organización fue empleada luego para estabilizar la situación en Afganistán.

Este hecho contrasta con la enérgica admonición contra la política autonómica exterior y de defensa de la UE, cuando se reaccionó (sin entender el espíritu y la letra del mensaje) ante los comentarios del canciller alemán Schroeder para buscar foros alternativos para tratar la seguridad de Europa, ya que la alianza atlántica no había sido empleada adecuadamente. Bush insistió en que la OTAN era el único formato disponible (Hunter, 2005).

La inserción del tema de la OTAN en el tratamiento del desarrollo de una política autónoma exterior y de defensa de la UE proporciona el adecuado anclaje para la evaluación negativa del diseño europeo en general. Lejos de las declaraciones vagas y los comentarios sobre intereses internos de dominación, cuando se expresa la oposición a la “constitucionalización”, se vis-

lumbra una víctima del “daño colateral”: la OTAN. Todo el contexto histórico y los logros de la organización atlántica, además de sus capacidades actuales, se colocan en el tapete al exponer los argumentos contra el desarrollo de un mecanismo independiente de defensa y seguridad en Europa. Como se verá más adelante en este análisis, esta estrategia no repara en algunos detalles históricos y sataniza los principios pragmáticos de la Alianza, algunos de los cuales no solamente responden a modalidades y pautas de la política exterior de los Estados Unidos, sino que reflejan capítulos concretos de la misma.

En esencia, antes y después de este viaje histórico de Bush, la realidad es que demasiadas dimensiones de la nueva UE, según se visiona en el proyecto constitucional, pero que ya están parcialmente en marcha, parecen ser consideradas como dañinas para los intereses nacionales de los Estados Unidos. Esta actitud parece frecuentemente una simple adaptación del cálculo de “suma cero”. Si la UE gana algo y experimenta algún progreso en su estructura, esto debe significar un costo para los intereses estadounidenses vitales. En términos populares, la reescritura de la famosa expresión del presidente Calvin Coolidge ha recibido un nuevo formato y tono: “Lo que es bueno para la UE no debe ser bueno para los Estados Unidos”.

Entre las posibles explicaciones para esta valoración se encuentra la perenne doctrina del excepcionalismo que ha propulsado a los Estados Unidos a la do-

minación mundial y a su autoconfianza, al mismo tiempo que se ha convertido en justificación de algunas acciones que objetivamente son contrarias a las creencias básicas de la república (Moss 2005). Esta sensación fundamental desemboca en una resistencia obsesiva ante cualquier entidad supranacional que esté por encima de los sólidos cimientos del marco institucional de los Estados Unidos. Esta creencia e inspiración de naturaleza casi divina, que pueden ser comprensibles en los confines interiores de Estados Unidos, son aparentemente transferidas y aplicadas más allá de sus fronteras. Este influyente liderazgo político y militar parece incapaz de someterse a una soberanía compartida ni siquiera en lo que respecta a pequeñas porciones de economía. Este rechazo visceral convierte a procesos como el ALCA, o incluso el NAFTA enriquecido (llamado NAFTA-plus), en una imposibilidad o en un producto básicamente imperfecto. También contribuye a transferir la misma lógica a organizaciones y pactos en los Estados Unidos que no pertenecen como socios, con el resultado de una conducta que irrita de forma extrema a los dirigentes extranjeros y la opinión mundial en general.

La complejidad de entidades como la UE, unida al tejido europeo en general, en términos de historia, política, economía, evolución intelectual y peculiaridades sociales, con frecuencia se reduce a una simplificación extrema que convierte la perspectiva de cooperación y alianza efectiva en un dudoso éxito. Resulta irónico,

entonces, pues la escena actual revela algunos extraños perfiles. Desde unos paradigmas en que los estadounidenses eran democráticos y liberales, mientras los europeos eran fundamentalistas religiosos e intolerantes, ahora se nos presenta un panorama en que los europeos descienden de Venus y los norteamericanos de Marte.

No obstante, recientemente se ha prestado justificada atención al hecho de que la brecha y la controversia entre ambos lados del Atlántico no son solamente permanentes, sino que la distancia entre los dos bandos se ha ampliado y profundizado con respecto a temas fundamentales. Este diagnóstico ha sido compartido por un creciente número de observadores y académicos, a pesar de las evidentes raíces comunes de los Estados Unidos y Europa, y la supervivencia de la validez del concepto de Occidente, una idea que ha aconsejado a agudos analistas a preguntarse si todavía existe. (Albright, 2003; Burghardt, 2000; Chalmers, 2001; Daalder, 2001; Drozdíak, 2005b; Judt, 2005; Kennedy, 2002; Lambert, 2001; Markovits, 1985; Moisi, 2001; Moravsk, 2003; Roger, 2002, y Voigt, 2000).

Entre las señales que confirman esta pauta, que se presenta como crónica, es el hecho paradójico de la incesante (sobre todo en los peores momentos de enfrentamiento) cantidad de comentarios en los medios de comunicación y los centros de reflexión (sobre todo en los afines al partido demócrata en los de tendencia conservadora) (Sotero, 2002), pero también en los

que insisten en recomendar a los líderes que tomen urgentes medidas a ambos lados del Atlántico (Balis, 2004; Niblett, 2005; Serfaty, 2005). Resulta en este contexto extremadamente interesante la campaña de advertencias alarmantes ejecutada por analistas norteamericanos que señalan el daño ya inflingido a los intereses de los Estados Unidos. Esta preocupación, sin embargo, no es compartida por los sectores no dirigentes, que permanecen mudos.

La opinión popular (aunque de forma vaga) es que los Estados Unidos no han causado el daño. Si se aplica esta lógica al tema específico del papel y los objetivos de la UE, la realidad revela que fuera de los círculos elitistas de Washington y la comunidad académica, la UE es una entidad que es desconocida o, por el contrario, se juzga como un adversario. Esta sensación convierte las actitudes del Congreso en algo difícil y riesgoso, dependiendo de cómo se lean las inclinaciones emanadas de los votantes. En consecuencia, en este contexto se amplia y adapta la táctica básicamente populista, sea derivada de temas de libre comercio, subsidios a la industria o al agro, tarifas de importación, o sanciones, con el resultado de que un entendimiento con la UE se juzga como negativo.

Los desacuerdos con la UE en terrenos como comercio, subsidios o controversias legales, son simplemente la punta del tempano de un divorcio más profundo con referencia a las líneas de batalla en temas que adquieren un perfil más definido cuando se codifican en el tratado constitutivo.

cional de la UE. Kyoto, la venta de armas a China, ayudas gubernamentales a Boeing y Airbus government aid, Microsoft, las leyes extraterritoriales, bananas, etc., son, en comparación, irrelevantes. De hecho, sólo representan un porcentaje pequeño (ni siquiera el 10%) de los vínculos económicos en que los Estados Unidos y Europa tienen desacuerdos. El comercio bilateral asciende a \$1,5 billones diarios, y no tiene apenas disputas. En más del 90% de los temas económicos, los Estados Unidos y Europa están en sincronía.

La brecha es, por lo tanto, más filosófica o, por decirlo así, ideológica. Incluso cuando se emiten declaraciones conjuntas (algunas veces firmadas por figuras políticas de elevado rango a ambos lados del Atlántico) que afirman la existencia de un acuerdo básico en la lucha contra el terrorismo, se da la impresión de que hay una alianza precaria siempre lista a desintegrarse (Giscard 2004, Powell-Solana 2004).

El lenguaje acrimónico que usan los especialistas se une a la resistencia de los funcionarios norteamericanos a corregir las erróneas interpretaciones o las declaraciones ambiguas con un vocabulario más diplomático. Además, algunos embajadores no se restringen de usar expresiones nada positivas sobre algunos conceptos fundamentales de la UE. Todo indica, por lo tanto, una actitud que se ha atrincherado en los más altos niveles gubernamentales. Al otro lado del desacuerdo, se han generado declaraciones de representantes de la UE

en Washington que expresan opiniones contrarias a los análisis norteamericanos sobre la política en Irak, lo cual contrasta con el usual lenguaje opaco y aburrido de las instituciones europeas.

La evidencia mediática que usualmente se podría atribuir a la carencia de rigor investigativo o de información también forma parte de este escenario. Los artículos de esta naturaleza son demasiados y frecuentemente parecen ser colocados en los momentos clave, y el goteo de inexactitud y agresividad informativa se repiten con sospechosa frecuencia en temas sensibles para la UE. Esto contribuye a confundir al público en general, con el resultado de que los académicos bien preparados y los centros de reflexión se deben emplear energicamente, y muchas veces de forma no muy efectiva, en labores de control del daño producido (Asmus, 2005b; Howorth, 2005; Wolf, 2004).

Como se ha aludido anteriormente en términos generales, en el trasfondo de la resistencia, la ignorancia y la episódica carencia de información sobre la política exterior de la UE, hay un hondo “agujero negro” acerca de la naturaleza fundamental de la propia organización. La obsesión por el libre comercio como un medio y objetivo final del proceso original de la integración europea es todavía un formidable lastre que significa un obstáculo fundamental para el entendimiento cabal de la UE. “Hacer de la guerra algo impensable y materialmente imposible”, es una idea que rara vez pasa por la imaginación

de los norteamericanos con cierto grado de cultura cuando se les pregunta acerca de las metas de la fundación de la UE.

Por descontado, esta carencia también aqueja a las nuevas generaciones en la propia Europa para las que la memoria de la guerra es solamente una distante referencia histórica. Este hecho disuade a los líderes para explicar las realidades que están muy alejadas de las mentes de los votantes para los que la experiencia de la guerra queda reducida a narraciones históricas extendiéndose a un siglo y medio, además de recientes actuaciones en el exterior, mientras los ataques terroristas quedan delimitados a los acontecimientos del 11 de septiembre, con las tragedias de Madrid en 2004 y Londres en 2005 bajo la connotación de incidentes locales. Este factor preocupante se reveló como evidente en el contexto de los referéndums francés y holandés que hicieron descarrilar al proceso de ratificación constitucional de la UE. Este ejercicio, percibido como una actitud negativa de Europa hacia la propia profundización de su integración, proporcionó a los observadores norteamericanos un refuerzo para su básica cautela hacia la UE. Cuando se libran de la básica y comprensible ignorancia hacia un experimento de integración regional que ha estado aquejado desde su fundación por sus dimensiones elitistas, los norteamericanos solamente consiguen entender a la UE como un mecanismo de naciones, por otra parte disgregadas, para competir con los Estados Unidos como adversarios.

Incluso los líderes más informados raramente encontrarán ángulos convenientes para sacar algún provecho electoral. De ahí que, por el contrario, se adopte una postura populista.

Los medios de oposición

Una vez se ha asumido el escenario y el raciocinio anteriormente expuesto, los observadores se deben preguntar acerca de los medios que la actual dirigencia de los Estados Unidos, junto a sus aliados en la propia Europa, ha estado usando en la labor de zapa en el proceso de profundización de la integración de la UE, y más específicamente su proyecto de una política autónoma en seguridad y defensa. Estos medios son muchos y variados en sus miras y mecanismos. Algunos son contundentes y abiertos; otros están enmascarados y son discretos.

El procedimiento más usual es la adaptación de la máxima romana de “divider y conquistar”. Fue usada de forma exhaustiva durante los meses que desembocaron en la Guerra de Irak. Se apoyó en un grupo de gobiernos europeos que expresaron públicamente su respaldo a Bush, con lo que cualquier expectativa de formar un frente cohesionado en Europa de oposición a la política norteamericana se convirtió en imposible, o al menos en extremadamente difícil. Este sector curiosamente coincidió, en su momento, en su identificación con los gobiernos de países que mostraron oposición a aceptar

una reforma del sistema de votación ponderada en el Consejo de la UE, del sistema del Tratado de Niza a una doble mayoría (55% del número de países y el 65% de la población), según propone el proyecto constitucional. Incluso algunos de los protagonistas del sector que apoyó a Bush en esos momentos se dedicaron a ejecutar una campaña posterior, que apenas cesó con el rechazo franco-holandés.

Parcialmente como “recompensa” por la falta de apoyo en la guerra de Irak, además de la obvia inclinación por Kerry en la elección, las fuerzas de Bush en un momento intentaron tomar represalias contra sus críticos colegas. Soslayando cualquier real o posible alineamiento de la UE, Condoleezza Rice, todavía como consejera de Seguridad Nacional de Bush, fue citada por aventurar esta recomendación doctrinal: “ignorar a Alemania, perdonar a Rusia, y castigar a Francia”. Bajo la presión para obtener el necesario apoyo para una nueva política en su segundo mandato, Bush aparentemente decidió retractarse. La evidencia, circunstancia derivada del viaje a Bélgica, Alemania y Eslovaquia, aconseja admitir que el presidente norteamericano decidió conceder la debida atención a Alemania, a medias perdonar a Francia, seguir advirtiendo a Rusia, y castigar a ... España. Todavía hoy Bush está bajo el efecto de la irritación que le causó la contundente retirada de las tropas españolas de Irak, tras la toma de posesión de Rodríguez Zapatero después de su triunfo en las elecciones del 14 de

febrero de 2004.

Ya en aquellos momentos era difícil saber cuál sería la nueva estrategia de la flamante secretaria de Estado Rice, pero a la vista de los intentos que ha ejecutado con posterioridad y a la cautela con que se ha movido (además de pensar en ser candidata en el futuro a la presidencia), se diría que se corrigió el vértigo y la contundencia con que la Casa Blanca se había movido hasta entonces. Pero lo que al parecer también permaneció inalterable fue el principio de evitar implicarse en negociaciones multilaterales a través de una supranacionalidad aunque fuera a pequeña escala.

Una investigación rigurosa revelaría que el reclutamiento de agentes favoritos para zafar la labor de gobiernos incómodos ha sido la marca de la política exterior de los Estados Unidos en el pasado, sin que esta estrategia haya sido limitada a una zona geográfica en especial. La historia enseña que a Washington le gusta trabajar con anclas sobre las que cimentar un tono regional, que ayude al país subsidiario a convertirse en eje para el resto de los estados de la región. En el escenario transatlántico, este papel de pivote ha tenido tradicionalmente un miembro permanente: el Reino Unido. La “relación especial” entre los Estados Unidos y Gran Bretaña ha sido muy fácil para Washington para justificar la alianza natural, algo que solamente las conveniencias de los tiempos modernos ha hecho posible establecer tal vínculo con países con los que no se

tiene una afinidad especial. Después de la debacle constitucional y el colapso del Consejo Europeo de junio de 2005 para acordar el presupuesto para el período 2007-2013, con algunos gobiernos europeos en dificultades (Alemania y Francia, especialmente), el Reino Unido (el aliado clave de Bush) salió sin daños, reforzado en su reclamo para seguir recibiendo el llamado “reembolso” y la reducción de los subsidios agrícolas.

Esta inestable escena europea ha descubierto los mitos de la implicación histórica de algunos aliados de los Estados Unidos. Por ejemplo, recuérdese que Alemania ha sido un adversario en dos guerras mundiales. Francia ha sido competitora para la dominación mundial, a pesar de que ha reclamado ser un aliado perenne, aunque en realidad la motivación real ha sido la competencia con Gran Bretaña. Actores menores también encajan en este perfil, como es el caso notorio de España, adversario en la llamada Guerra Hispano-Americana (de Cuba) de 1898, neutral en la Primera Guerra Mundial, respaldo inicial a Hitler y Mussolini durante el régimen de Franco, y finalmente aliado a cambio de consolidar el flanco sur de la Europa durante la Guerra Fría, al precio de extender la supervivencia del franquismo hasta la muerte del dictador. Este detalle pesa todavía en la actitud de la izquierda española y se endurece en ocasiones como el enfrentamiento por la aventura de Irak. Pero también se mantiene latente la reticencia de la derecha tradicional que en

su momento inició el antiamericanismo en España por la derrota en Cuba (sobre todo), Puerto Rico y Filipinas. En cierta manera, el caso español replica algunas dimensiones del francés, donde la ultra derecha también se acerca a la izquierda en el antiamericanismo.

Los observadores que expresan visiones críticas sobre el proceso constitucional para establecer una política autónoma de defensa de la UE parecen regocijarse sobre el bajo nivel de aprobación de ciertas medidas de profundización de la entidad, el rechazo de los proyectos de referéndum, o la predicción de que si en otros se pusiera a votación, el texto sería también rechazado, como se vio más tarde.

Los medios de comunicación inclinados a apoyar los intereses de los republicanos, liderados por *The Wall Street Journal* en el sector de la prensa escrita y por FOX News en la televisión, encontrarán con frecuencia una forma de criticar el proyecto de una defensa autónoma común para la UE sobre la base de su duplicidad con la OTAN y que carecería de efectividad. Además, los comentarios en esa línea resaltarán la arrogancia del distanciamiento de los gobiernos de Alemania y Francia, en contraste con la lealtad británica.

Cuando informan o dan opinión, tanto en cortas columnas como en ensayos más largos, publicados en influyentes revistas especializadas, los observadores norteamericanos, frecuentemente de forma errónea, representan las intenciones europeas o las realidades legales, o bien

distorsionan el perfil de los mecanismos y los propósitos de la UE. Este diagnóstico ha llamado la atención de un notable número de comentaristas estadounidenses que ha actuado a veces como apagafuegos, denunciando el peligro de esta pauta que se autolesiona en los propios intereses de los Estados Unidos.

El gobierno norteamericano intensificó su insistencia para convertir a Turquía en miembro de la Unión Europea y comenzó una campaña dirigida a la cooperación entre la UE y Ucrania, con la meta puesta en su ingreso en la organización europea. Irónicamente, el argumento básico de ambas campañas es compartido por el liderazgo europeo, incluyendo los sectores que se oponen al ingreso de Ankara por motivos de diferencia de cultura y geografía. Todos parecen estar de acuerdo en que el ingreso en la UE consolida la democracia y el Estado de derecho, y que en ambos casos se evitaría de esta forma la deriva de ambos países hacia las aguas turbias del Oriente Medio y la nostalgia de la Unión Soviética dominada por Rusia.

Sin embargo, el costo del éxito de lo que se llama poderoso “poder de reclutamiento” ejercido por la UE es la distracción de las energías de la entidad al mismo tiempo que encara las consecuencias del costo de la ampliación ejecutada en 2004. Se teme que la defensa autónoma de la UE se haría a expensas de otras áreas de la asistencia europea, sea en las zonas de “vecindad” o en regiones distantes. Las perspectivas de la membresía de Turquía y Ucrania, además

de la imparable, pero lenta inclusión del resto de las repúblicas de la antigua Yugoslavia, inflingirán un peaje sobre los planes de una defensa autónoma común. Esta perspectiva recibió, por lo tanto, un reforzamiento después de los referéndums negativos a la Constitución y el colapso temporal de las negociaciones para el presupuesto. Nada tiene de extraño que a medida que avanza el tiempo el sentimiento prevaleciente se convertía en negativo acerca de los planes de nuevas ampliaciones. En ese contexto se generó el nuevo concepto del criterio (negado como tal) de la “capacidad de absorción” de la UE.

EL SÍNDROME DE LA OTAN

En un ejemplo aparentemente perverso de doble rasero, la lógica de la “coalición de los dispuestos” no parece ser fácilmente aceptada por Washington cuando se aplica a los europeos en entidades como el Eurocuerpo (un mecanismo muy útil que podría haberse empleado más frecuentemente en acciones de pacificación y mantenimiento de paz). El proyecto de forjar minialianzas dentro del marco de la Constitución (o alternativamente como una cooperación reforzada plasmada por algunos miembros) frecuentemente ha impactado una fibra nerviosa de los círculos de la Casa Blanca y el Pentágono, bajo la pretensión de que la OTAN se debilitaría, ya que las mismas unidades pertenecen a dos series de mecanismos militares. Irónicamente, el proyecto para desarrollar una

política autónoma exterior y de defensa se ve simultáneamente como un enriquecimiento de la OTAN, una amenaza a la organización, o simplemente irrelevante. Resulta evidente, como han señalado razones observadores, que no puede ser las tres cosas a la vez (Howorth, 2005).

La mayoría de los observadores fuera de los círculos de élite no repararon en su momento en una coincidencia que tenía su importancia política. Mientras el Air Force One de Bush volaba hacia Europa, la Península Ibérica ejecutaba un movimiento a dos tiempos. España lideraba al resto de Europa en el primer referéndum para ratificar la Constitución. Simultáneamente, los portugueses elegían al nuevo gobierno socialdemócrata, con la primera mayoría absoluta desde el renacimiento de la democracia de Portugal en 1974, como resultado de la Revolución de los Claveles.

Además de la mejora del presidente Bush en su comprensión del marco institucional de la UE, es significativa su insistencia en recordar a sus colegas europeos la contribución histórica de la OTAN a la “democracia y la libertad” de Europa. En consecuencia, ha insistido en la necesidad de continuar este papel central de la Alianza como foro de la relación de seguridad entre los Estados Unidos y Europa. El canciller alemán ya le había advertido con anterioridad del uso de otros mecanismos, especialmente la misma UE.

Por una parte, Bush probablemente sabe muy bien que los miembros euro-

peos de la OTAN se comportan de forma muy diferente en el marco de la UE. Sin la protección del poder del voto o la presencia agobiante de los Estados Unidos, la necesidad de obtener la unanimidad en el Consejo al tratar materias de los pilares II y III se suaviza al calcular las mayorías cualificadas cuando se administran porciones de la soberanía compartida en el pilar I.

Por una parte, el rigor histórico aconseja aplicar un cierto grado de prudencia al mencionar sistemáticamente a la OTAN como protectora de la democracia en Europa. La Alianza, según reza sarcásticamente la frase atribuida a un anónimo dirigente norteamericano, se fundó “para mantener a los alemanes postrados, a los norteamericanos dentro, y los rusos fuera de Europa”, una meta triple que numerosos observadores norteamericanos consideran que se ha cumplido en su esencia. Durante la Guerra Fría cumplió su misión. Con Alemania reformada, paró la expansión soviética sin disparar un misil. La interpretación aplicada por Truman a la doctrina de la contención de Kennan funcionó.

Pero la OTAN también consolidó la dictadura de Oliveira Salazar en Portugal (miembro fundador de la Alianza en 1949). Nunca frunció el ceño cuando Turquía (miembro junto a Grecia desde 1952) cayó bajo la influencia de los militares. Y no movió un solo dedo cuando Atenas cayó bajo la “dictadura de los coroneles”. La peculiaridad del estatus de Chipre todavía parece ser el permanente daño colateral de la política griega en aquel

tiempo, replicada por la reacción turca. Ésta es solamente una de las asignaturas pendientes de Turquía al encarar su eventual ingreso en la UE.

Cuando España sobrevivió el intento de golpe del 23 de febrero de 1981, el gobierno presionó para ingresar en la OTAN. En realidad, España ya era miembro de hecho (con todas las desventajas y ninguna de las ventajas de disfrutar de voz y voto) gracias a los acuerdos hechos entre Eisenhower y Franco en 1953, con el resultado de la consolidación de la dictadura. Después del renacimiento de la democracia en 1975, la izquierda envió la factura a Washington, expresando un sentimiento de crítica que frecuentemente se ve reforzado por la reciente política unilateral de los Estados Unidos.

En claro contraste con los requisitos “flexibles” de ingreso en al OTAN (una especie de “coalición de los dispuestos”, por así decirlo), Grecia, Portugal y España debieron esperar su turno hasta conseguir impecables credenciales democráticas para convertirse en miembros de la Unión Europea. Este detalle muestra la clara diferencia en las condiciones de membresía, reflejando un diferente objetivo estratégico y “filosófico”. El doble rasero no funciona en Bruselas.

SIGNOS POSITIVOS:

A pesar de las dificultades y la endémica resistencia de los Estados Unidos a una política exterior común y de defensa

autónoma, algunos signos positivos y señales esperanzadoras se pueden detectar como base de un compromiso mutuamente beneficioso:

- Los discursos de Rice y Bush han establecido un modelo de una actitud más amistosa, con el resultado de generar una potencial respuesta europea.
- El nombramiento de un agregado de seguridad en la misión de los Estados Unidos ante la UE señala el refuerzo de la atención norteamericana hacia un marco institucional europeo más sólido.
- Las llamadas de columnistas y expertos de los Estados Unidos han insistido en la necesidad de prestar más atención a un papel más activo de la UE (Serfaty, 2005; Hunter, 2005; Asmus, 2005).
- Los académicos y periodistas europeos que publican en los principales medios y revistas de Europa que tienen una notable circulación en los Estados Unidos, o incluso a través de ediciones especiales que parecen tener al lector norteamericano en la mira (como es el caso notorio del *Financial Times*, y en grado similar pero diferente, *The Economist*) han estado insistiendo con similares recomendaciones. Esta tendencia se replicó tras las dificultades de los referéndums.

- El gobierno de los Estados Unidos y los analistas independientes han admitido las progresivas limitaciones en conseguir la meta de la consolidación de la democracia en Irak, al mismo tiempo que encarar otras amenazas.
- Algunas conversiones personales en las actitudes norteamericanas apuntan a una reformulación de la política de oposición y resistencia tozuda ante una UE autónoma en materia exterior.
- Aunque se temía que durante la segunda presidencia de Bush, habría una menor cautela en contraatacar lo que se percibía como errónea política emanada de Europa, las realidades posteriores (caída en picado del índice de aceptación, desastre en la seguridad en Irak, decisión del Tribunal Supremo con respecto a Guantánamo) han convertido en más prudente la actitud del presidente, necesitado de alianzas, o por lo menos de ausencia de animosidad. Se creía que sin presión para hacer campaña para otra elección, las prioridades se podrían definir con más agresividad, pero ha sucedido lo contrario.
- Todavía es pronto, por lo tanto, para predecir cuáles serán los efectos futuros de las revelaciones de los vuelos clandestinos de la CIA en Europa, pero si se unen a los problemas crecientes experimentados por las fuerzas norteamericanas en Irak, nada tendría de extrañar que

Washington se decantara por acercarse a los opositores europeos y lograr su cooperación.

SEÑALES OSCURAS

En la balanza negativa, subsisten signos que persisten en la resistencia ante una política europea autónoma:

- La opinión pública norteamericana y los círculos gubernamentales han estado frecuentemente bajo la influencia de los llamados “documentos cataclismáticos” (“doomsday papers”). Estos trabajos, producidos por centros de reflexión y comisiones autonombradas, se dedican a ofrecer un escenario predecible en 10 o 20 años. Sin tener la capacidad de respaldar sus aseveraciones o predicciones, estos documentos presentan la imagen de una UE consolidada económica y politicamente, pero un fracaso total en su integración política. Naturalmente, esta tendencia recibió el necesario refuerzo con el desastre constitucional (Cohen, 2005).
- Hundidas convicciones personales (bordeando la inspiración divina) que dominan la mentalidad del liderazgo central de los Estados Unidos han estado ejerciendo una notable influencia en componer la actitud oficial hacia la UE. La percepción de debilidad en encarar las demandas de la guerra contra el terrorismo se traduce en una intolerancia y, en consecuencia, en una oposición

a los esquemas que se antojan como repetitivos e ineficaces.

- A pesar de las acciones de la prensa “liberal” (especialmente *The New York Times*), la consistente campaña ejecutada por parte de los diarios afines al presidente (especialmente *The Wall Street Journal*) no ofrece señales de moderación. Después del desastre constitucional europeo, la satisfacción en esos medios estaba poco disimulada.
- Alternativos juicios negativos de las capacidades de la política exterior y de defensa en la élite de las publicaciones sobre relaciones internacionales, usando argumentos repetitivos, continuarán reforzando las dudas e invitarán a que el *establishment* de Washington vacile todavía más y se decante por lo que considera es el beneficio propio (Stevenson, 2003).
- En cierta manera, la ambivalente actitud norteamericana hacia la UE está con frecuencia aquejada del hecho de que las fuentes consultadas son predominantemente, sino exclusivamente, en lengua inglesa. Esto quiere decir que la visión británica, que no favorece el desarrollo de una política exterior europea, es la que inspira a los norteamericanos.
- Firmemente anclada en el corazón de los Estados Unidos, la ignorancia (y luego la aprensión) sobre la UE ali-

mentará los argumentos de los miembros del Congreso, preocupados por los sentimientos de sus votantes. La resistencia al libre comercio (no sólo relacionado exclusivamente con América Latina) se identifica con frecuencia con la imagen de una UE proteccionista y una seria competidora de los intereses norteamericanos. La perspectiva del surgimiento de una política exterior europea autónoma sólo contribuye a reforzar este estereotipo.

CONCLUSIÓN

La percepción norteamericana de una política europea autónoma exterior y de defensa se halla al final de un ciclo de lo que parece una especie de “montaña rusa” en la actitud de los Estados Unidos hacia la integración europea. Desde un principio entusiasta y un respaldo decidido con garantías militares, los Estados Unidos descendieron a una sensación de desinterés, desdén, y más tarde preocupación por lo que se presentaba como la construcción de la “fortaleza europea” al principio de los 90. Washington encaró este reto en competencia leal y contribuyó a la construcción de otros mecanismos de libre comercio, diseñados a proteger las esferas de influencia en América Latina y el Pacífico. La atmósfera nublada con que se inauguró el nuevo siglo dio paso a una actitud agresiva ante el proceso de integración europea y muy especialmente al diseño de una política europea autónoma

exterior y de defensa. El 11 de septiembre y sus consecuencias han exacerbado la misión autopropulsada de los Estados Unidos para dominar el mundo posterior a la Guerra Fría.

Sin embargo, el liderazgo norteamericano se dispuso tempranamente a ejecutar una corrección suave a esta pauta, forzado por las limitaciones del poder militar y económico (Mandelbaum, 2002; Gelpi, 2006; Kagan, 2006; Nye, 2006; Gordon, 2006; Abramovitz, 2006), al igual que a causa de la erosión de su poder suave y su influencia, si no de su total desaparición. Al reconocer la bondad de una útil alianza con una UE más potente, la brecha sobre el Atlántico habrá empequeñecido considerablemente. No obstante, dependerá de la profundidad y la sustancia del reconocimiento de una política autónoma exterior y la naturaleza de las misiones que se le encarguen, en sustitución de la existente estrategia unilateral de la variante conformada como una “coalición de los dispuestos”. El pasado reciente y la idiosincrasia de la cultura política norteamericana no hacen predecir un desenlace demasiado ambicioso.

Sin embargo, la presión para un entendimiento procede del apabullante comercio entre la UE y los Estados Unidos que fluye a todas horas, a un paso normal, sin dificultades, a pesar de la existencia de algunas disputas y la amenaza de sanciones. Al final del día se logra un acuerdo, entre otras razones porque las inversiones mutuas acaban por imponer su propia

lógica. Las dos regiones son los socios más importantes de cada una en comercio e inversiones, convirtiendo la dimensión económica en la más importante de la relación transatlántica.

Diferente tema es el hecho consistente en que los problemas restantes no son susceptibles de un arreglo fácil. Este es el caso especialísimo de la materia de este trabajo. Ambas partes deben aceptar, por lo tanto, que tienen que aprender a “acordar no estar de acuerdo”. Ambas deben también convencerse de que los desacuerdos actuales pueden no ser temporales, sino que pueden ser permanentes. El contraste con las pasadas épocas es que durante la Guerra Fría había un básico acuerdo con respecto a la amenaza y sobre algunos de los métodos para enfrentarla. En la actualidad, la situación es muy diferente.

Mientras los observadores, a ambos lados del Atlántico, pueden estar en desacuerdo con respecto a los modelos económicos por seguir o el perfil ideal del mundo en un formato multipolar o unipolar, la verdad es que Washington y Europa no parecen estar en sintonía con respecto al mejor método para combatir el terrorismo. El laberinto de Irak sirve como argumento para demostrar la dimensión de la brecha en la opinión. Mientras los diplomáticos europeos y la mayoría de los líderes no lo mencionan en voz alta, la política de los Estados Unidos es la fuente de desestabilización, que genera terrorismo y conflictos, en lugar de suprimirlos (Pfaff, 2005). Esta evidencia causa un sentimiento muy

incómodo. Pero esta sensación no quiere decir que sea catastrófica. Adaptando la máxima popular española, el comentario debiera ser de naturaleza comparativa: “más se perdió en Cuba”.

De todas maneras, en caso de que se logre en algún momento un acuerdo básico, exitoso y pragmático, entre los Estados Unidos y Europa, los observadores pueden caer en la tentación de creer que el concepto de Occidente todavía existe. Sin embargo, si los electorados a ambos lados del Atlántico continúan ejerciendo presión para favorecer, por un lado, una política todavía más unilateral de los Estados Unidos, desconfiada de las iniciativas europeas, mientras por otra parte los votos europeos respaldan el endurecimiento de las políticas de seguridad y defensa, en una senda más autónoma, se podría llegar a la conclusión de que Occidente no es una entidad tan cohesionada como se creía. La brecha puede esconder la división de una civilización en dos distintas ramas que la convierten en una empresa dudosa. Todo depende no sólo de la evolución de las actitudes populares, sino también del efectivo liderazgo, político e intelectual, un capital que hoy parece no estar muy generoso.

BIBLIOGRAFÍA

Abramowitz, Michael. (2006). and Robin Wright, “A Driven President Faces a World of Crisis”, *The Washington Post*, July 6.

Albright, Madeleine K. (2003). “Puentes, bombas

o bravatas?”, *Foreign Affairs* en español, v. 82, no. 5, octubre-diciembre, pp. 2-21.

Albright, Madeleine, et al. (2003). “Joint Declaration: Renewing the Transatlantic Partnership”, Center for Strategic and International Studies, May 14.

Asmus, Ronald D. (2005a). “Rethinking the European Union: why Washington needs to support European integration”, Serfaty, Simon (ed.). *Visions of the Atlantic Alliance: the United States, the European Union, and NATO*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies, pp. 20-30.

Asmus, Ronald D., Blinken, Antony J. and Gordon, Philip H. (2005b). “Nothing to Fear”, *Foreign Affairs*. January-February.

Balis, Christina V. and Serfaty, Simon (editors). (2005). *Visions of America and Europe: September 11, Iraq, and Transatlantic Relations*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies Press.

Barbé, Esther (ed.) 2005. ¿Existe una brecha transatlántica?: Estados Unidos y la Unión Europea tras la crisis de Irak. Madrid, La Catarata.

Barbé, Esther. (2003). “La vieja Europa en un nuevo mundo”, *Foreign Affairs* en español, vol. 3, no. 2, abril-julio, pp. 16-22.

Bosworth, Stephen and Abramowitz, Morton. (2005). “The Six Parties should act together”, *Financial Times*. February 22.

Bumiller, Elizabeth. (2005). “Bush Is Expected to Express Support for a ‘Strong Europe’ Today”, *The New York Times*. February 21.

Burghardt, Günther. (2000). “A Transatlantic Agenda for 2010”, *Transatlantic Internationale Politik*, 2/2000, pp. 31-34.

Chalmers, Malcolm. (2001), “The Atlantic burden-

- sharing debate –widening or fragmenting?”, *International Affairs*, 77, 3, pp., 569-585.
- Cimbalo, Jeffrey. (2004). “Saving NATO from Europe”, *Foreign Affairs*. november-december.
- Cohen-Tanugi, Laurent. (2005). “The End of Europe?”, *Foreign Affairs*, vol. 84, No. 6, november-december, pp. 55-67.
- Daalder, Ivo. (2001). “Are the United States and Europe heading for divorce?”, *International Affairs*, 77, 3, pp. 553-567.
- Dowd, Maureen. (2005). “Condi's French Twist”, *The New York Times*, february 10.
- Drozdiak, William. (2005a). “European self-absorption is a problem for America”, *Financial Times*, june 20.
- Drozdiak, William. (2005b). “The North Atlantic Drift”, *Foreign Affairs*, january-february, pp. 88-98.
- Eisenstat, Stuart. (2005). “European discord can harm America's interests”, *Financial Times*, june 15.
- Financial Times*. (2005a). “Blunt Schröder has a point”, february 15.
- Financial Times*. (2005b). “Bush hails strong Europe as partner”, february 22.
- Freedman, Lawrence. (2005). “Europe must focus on more than America's weaknesses”. *Financial Times*, february 22.
- Froomkin, Dan. (2005). “Same Old Bush”. *Washington Post*, february 22.
- Fuentes, Carlos. (2003), “El divorcio atlántico”, *Foreign Affairs en español*, vol. 3, No. 2, abril-julio, pp. 2-15.
- Gelpi, Christopher. (2006). “The cost of war”, *Foreign Affairs*, vol. 85, No. 1, january-february, pp. 139-144.
- Giscard d'Estaing, Valéry, Amato, Giuliano and Dahrendorf, Ralf. (2004). “Carta al presidente Bush”, *El País*, november 28.
- Gordon, Philip H. (2006). “The End of the Bush Revolution”, *Foreign Affairs*, vol. 85, No. 4, july-august, pp. 75-86.
- Harding, James and Williamson, Hugh. (2005b). “Bush in nod to Europe on diplomatic Iran strategy”, *Financial Times*, february 24.
- Harding, James. (2005a). “Back in the EU: Bush now travels as a diplomat to bear his message of change”, *Financial Times*, february 18.
- Hirsch, Michael. (2002). “El mundo de Bush”, *Foreign Affairs en español*, vol. 2, No. 3, otoño-invierno, pp. 22-51.
- Hoffman, Stanley. (2002). “Choque de globalizaciones”, *Foreign Affairs en español*, vol. 2, No. 3, otoño-invierno, pp. 68-80.
- Hoffman, Stanley. (2004). *Gulliver Unbound: America's Imperial temptation and the War in Iraq*. N.Y., Rowman and Littlefield.
- Hollinger, Peggy and Dinmore, Guy. (2005). “Rice holds out olive branch to Europe”, *Financial Times*, february 9.
- Howorth, Jolyon. (2005). “Letters to the Editor”. *Foreign Affairs*, january-february.
- Hunt, Terence. (2005). “Bush, in Belgium, calls for new unity”, *The Miami Herald*, february 21.
- Hunter, Robert. (2005). “NATO and the European Union: inevitable partners”, Serfaty, Simon (ed.). *Visions of the Atlantic Alliance: the United States, the European Union, and NATO*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies, pp. 55- 72.
- Hutcheson, Ron. (2005). “For allies, tough times ahead”, *The Miami Herald*, february 25.
- Ikenberry, John. (2002). “La ambición imperial de Estados Unidos”, *Foreign Affairs en español*,

- vol. 2, No. 3, otoño-invierno, pp. 2-21.
- Judt, Tony. (2005). "Europe vs. America". *The New York Review of Books*, february 10.
- Kagan, Frederick W. (2006). "The U.S. Military Manpower Crisis", *Foreign Affairs*, vol. 85, No. 4, july-august, pp. 97-110.
- Kennedy, Craig, and Marshall M. Bouton. (2002), "The Real Trans-Atlantic Gap", *Foreign Policy*, november-december, pp. 66-74.
- Kupchan, Charles A. (2004). "The Travails of Union: The American Experience and its Implications for Europe", *Survival*, vol. 46, No. 4, pp. 103-120.
- Lambert, Richard. (2003). "Dos que no se entienden", *Foreign Affairs* en español, vol. 3, No. 2, abril-julio, pp. 31-45.
- Lambert, Richard. (2001). "Misunderstanding each other", *Foreign Affairs*, vol. 82, No. 2, march-april, pp. 62-74.
- Levy, Daniel, Max Pensky, and John Torpey (eds.). (2005). *Old Europe, New Europe: Transatlantic Relations after the Iraq war*. London, Verso.
- Lindberg, Tod. (2005). "The case against the case against Europe", Serfaty, Simon (ed.). *Visions of the Atlantic Alliance: the United States, the European Union, and NATO*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies, pp. 3-19.
- Lindberg, Todd (ed.) (2004). *Beyond Paradise and Power: Europe, America, and the Future of a Troubled Partnership*. N.Y., Routledge.
- Mahbubani, Kishore. (2005). *Beyond the Age of Innocence: A Worldly View of America*. N.Y., Public Affairs.
- Mandelbaum, Michael. (2002). "La insuficiencia del poderío estadounidense", *Foreign Affairs* en español, vol. 2, N. 3, otoño-invierno, pp. 53-67
- Markovits, A. (1985). *On Antiamericanism in West Germany*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- Mead, Walter Russell. (2002). "The American Foreign Policy Legacy", *Foreign Affairs*, vol. 81, No. 1, january-february, pp. 163-176.
- Moïsi, Dominique. (2001). "The Real Crisis Over the Atlantic", *Foreign Affairs*, vol. 80, No. 4, july-august, pp. 149-153.
- Moravsk, Andrew. (2003). "Striking a new Transatlantic Bargain", *Foreign Affairs*, vol. 82, No. 4, july/august, pp. 74-89.
- Moss, Ambler. (2005). "Stumped by Bush brand of foreign policy", *The Miami Herald*, january 16.
- Munchau, Wolfgang. (2005). "America should focus on Europe as an entity", *Financial Times*, february 21.
- Munchau, Wolfgang. (2005). "Time for a political patch-up for Europe and the US", *Financial Times*, january 24.
- Niblett, Robin and Mix, Derek. (2005). "Europe in 2005: A Distracted Partner", *Euro-Focus*, vol. 11, No. 1, january 31.
- Nye, Joseph S., Jr. (2006). "Transformational Leadership and U.S. Grand Strategy", *Foreign Affairs*, v. 85, No. 4, july-august, pp. 139-148.
- Peel, Quentin. (2005). "An alliance of conflicting priorities", *Financial Times*, february 17.
- Pfaff, William. (2005). "The Atlantic just got wider", *The International Herald Tribune*, june 8.
- Powell, Colin and Solana, Javier. (2004). "Building stronger bridges across the Atlantic", *Financial Times*, june 25.

- Reid, T.R. (2004). *The United States of Europe: The New Superpower and the End of American Supremacy*. NY. Penguin.
- Remiro Brotons, Antonio. (2005). "Crimen de agresión, crimen sin castigo", *Política Exterior*, 108, noviembre/diciembre, pp. 135-155.
- Revel, Jean-François. (2002). *L'obsession anti-américaine: son fonctionnement, ses causes, ses inconséquences*. Plon, Paris.
- Roger, Philippe. (2002). *L'enemis américaine: Généalogie de l'antiaméricanisme français*. Paris, Senil.
- Roger, Philippe. (2005). *The American Enemy: the History of French Anti-Americanism*. Chicago, University of Chicago Press.
- Rumsfeld, Donald. (2005). "U.S. and Europe share common interests, goals", *The Miami Herald*, february 20.
- Savodnik, Peter. (2005). "Hill anger grows at perfidious Europe", *The Hill*, february 14.
- Sciولino, Elaine. (2005). "French Struggle Now With How to Coexist With Bush", *The New York Time*, february 8.
- Serfaty, Simon (ed.) (2005). *Visions of the Atlantic Alliance: the United States, the European Union, and NATO*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies.
- Serfaty, Simon. (2005). "Half past Bush, half before the EU", Serfaty, Simon (ed.). *Visions of the Atlantic Alliance: the United States, the European Union, and NATO*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies, pp. 260-280.
- Serfaty, Simon. (2005). *The United States, the European Union, and NATO: after the Cold War and Beyond Iraq*. Washington, D.C., Center for Strategic and International Studies.
- Sotero, Paulo. (2002). "Los think tanks y su visión washingtoniana del mundo", *Foreign Affairs en español*, vol. 2, No. 3, otoño-invierno, pp. 133-139.
- Stephens, Philip. (2005). "An American map of the future Bush cannot ignore". *Financial Times*, january 21.
- Stevenson, Jonathan. (2003). "Cómo se defienden Europa y Estados Unidos", *Foreign Affairs en español*, vol. 3, No. 2, abril-julio, pp. 46-63.
- Strobel, Warren P. (2005). "Rice seizes opportunity to mend rift with Europe", *The Miami Herald*, february 9.
- Voigt, Karsten. (2000). "The Labor Pains of New Atlanticism", *Transatlantic Internationale Politik*, 2/2000, pp. 3-10.
- Walt, Stephen. (2005). *Taming American Power: the Global Response to U.S. Primacy*. N.Y., Norton.
- Weisman, Steven R. (2005). "Europe United Is Good, Isn't It?", *The New York Times*, february 20.
- Wolf, Martin 2004. "The transatlantic divide must not be allowed to widen", *Financial Times*, june 23.